
JUANA Mª ANDRADES
ILUSIÓN NAVIDEÑA

ILUSIÓN NAVIDEÑA

JUANA Mª. ANDRADES

©Todos los derechos reservados.
Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción, por lo que cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: Ilusión navideña

Copyright ©2023 –Juana Mª Andrades

Gracias por comprar este relato.

Contenido

©Todos los derechos reservados.
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16

1

Anochecía, y las farolas comenzaron a encenderse haciendo que sus luces se reflejaran en los cristales de los coches y los edificios.

—¡Pare! ¡Por favor! —gritó una voz masculina desde el interior del taxi al ver que una joven estaba subida sobre la barandilla de un puente y uno de sus pies se balanceaba de forma peligrosa en el aire.

Esto terminó por provocar que de una forma trágica su cuerpo se precipitara a las gélidas aguas del lago que daba nombre a la ciudad.

El ocupante del taxi alarmado ante el accidente que acababa de presenciar corrió en dirección al lugar donde momentos antes estaba la mujer. Debido a la carrera que emprendió, el aire expulsado por sus pulmones parecía humo al salir al exterior de su cuerpo. A pesar de las bajas temperaturas, no tuvo ninguna duda para quitarse el abrigo, tirar el sombrero y lanzarse al agua a socorrerla.

Durante unos segundos que parecieron dilatarse en el tiempo salió varias veces a la superficie hasta que por fin pareció orientarse y pudo cumplir su objetivo. Entonces, los dos emergieron del agua. Él, agotado por el esfuerzo, tiraba de sus hombros para sacarla, y ella, que aún se encontraba aturdida, se dejaba llevar por la ayuda que le brindaba el desconocido.

Mientras tanto, el taxista, un hombre entrado en años que no había perdido detalle de lo sucedido terminó por bajar trastabillando varias veces por la pendiente cubierta de grava que lo acercaba hasta la orilla y a pesar de temer por su integridad física decidió quedarse allí. Llevaba bajo el brazo un par de mantas que guardaba en el maletero para cubrirse en los momentos en que debía esperar a algún pasajero cuyo vuelo se demoraba.

—¡Por aquí, por aquí! —les gritó al ver un par de cabezas que asomaban por encima del nivel del agua.

Debido al cansancio y las bajas temperaturas, los dos salieron un poco maltrechos, por lo que la joven menuda y morena, que llevaba un poco más de tiempo sumergida que su salvador comenzó a tiritar. El taxista al percibirlo la cubrió enseguida con una de las mantas poniéndosela sobre los hombros y le ofreció la otra a su pasajero.

—Gracias —le dijo este, agradecido.

Ella se limitó a mover la cabeza con un gesto fatigado. Se veía demasiado abatida por lo sucedido como para que pudiese articular alguna palabra. De pronto, el viento cesó y comenzaron a caer unas gotas que presagiaban una lluvia inminente.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó a la muchacha el que la había rescatado recuperando el habla y mirándola a los ojos por primera vez.

Lo que vio en aquella mirada logró conmoverlo.

—Sí. Lo siento... —fue lo único que pudo contestar la chica antes de echarse a llorar.

—No se preocupe cualquiera puede tener un mal día —afirmó su benefactor pasándole una de sus manos por el pelo en un intento de consolarla.

Ella aguantó su llanto al sentir el contacto reconfortante e intentó aparentar un poco de calma.

Los hombres se miraron y decidieron que era el momento de salir de aquel lugar antes de que comenzara a llover con más fuerza.

—Vengan los dos a mi taxi. Si quiere, la acerco al hospital, señorita.

—No. Al hospital no, estoy bien —dijo la joven apresuradamente.

—¿Está segura? —le preguntó el pasajero, que no quería inmiscuirse en su vida a pesar de que seguía preocupado por lo sucedido—. Al menos díganos donde vive y la llevaremos a su domicilio.

2

Tras darles la dirección, los tres subieron al vehículo y fueron hacia la vivienda de ella, ubicada en un barrio del casco antiguo de la ciudad. Apenas había tráfico y no tardaron demasiado en llegar. Él se sentía incómodo con el traje mojado; se acordó de su móvil y comprobó con fastidio que estaba apagado. Lo llevaba en el bolsillo del pantalón y ni siquiera se acordó de sacarlo. Por un momento, se preguntó si la cartera estaría empapada también, ya no era tiempo de lamentarse, pues tomó la decisión impulsado por el trágico momento que presenciaba.

La mujer, al ver su gesto contrariado, sintió que debía compensarlo de alguna manera. Aunque, en realidad, no era dueña de ninguna posesión, en su fuero interno sabía que debía mostrar cortesía a aquel hombre que no había dudado ni por un momento en tirarse a las frías aguas del lago para salvarla.

***

El taxi paró en la dirección indicada: la fachada de una tienda de regalos bastante desangelada y antigua; y lo único que se le ocurrió fue invitar a aquel hombre que se había lanzado al lago para salvarla. Por un instante se acordó de su abuela y supo que a ella le hubiera parecido una excelente decisión, así que no dudó en hacer lo que debía y lo expresó en voz alta.

—Mi nombre es Marisa y me gustaría que pasara a mi tienda para que le pueda secar la ropa en mi vieja secadora —dijo de forma atropellada.

—Mi nombre es Alfredo —le contestó él, pensando que no era mala idea lo de volver a tener la ropa seca.

El taxista, después del susto, no quiso ni cobrar la carrera a pesar de que su pasajero sacó varios billetes mojados de su cartera.

—Tome este pequeño obsequio para que recuerde que los milagros existen —le dijo Alfredo, dándole un llavero de cristal que representaba la figura de un ángel.

El hombre la cogió agradecido y la colgó en el espejo retrovisor para no olvidarse nunca de esa noche. Con un esbozo de sonrisa se despidió de ellos para incorporarse al tráfico de la ciudad, aliviado porque ambos se encontraban bien. Estaba acostumbrado a que en su trabajo le sucedieran cosas que se salían de lo ordinario, pero lo de esa noche nunca le había sucedido.

Durante un momento temió por la vida de la joven y llevaba toda la noche dando gracias porque su pasajero fuera un hombre espabilado y resuelto, gracias a lo cual, la jornada acababa con uno de esos milagros navideños que a la gente tanto les gusta comentar y celebrar en unas fiestas tan señaladas. Mientras aceleraba tocó con la punta de uno de sus dedos la figura que se balancearía desde esa noche en el espejo de su coche recordándole lo sucedido.

—Ni siquiera le hemos devuelto las mantas —dijo Marisa al verlo marchar mientras cogía las llaves de uno de sus bolsillos con manos temblorosas.

—Es verdad, mañana intentaré buscarlo —comentó Alfredo al percatarse de la situación.

No podía quitarle la vista de encima a su acompañante mientras esta abría la puerta, y se sintió satisfecho de comprobar que aquella era realmente su casa al ver la mirada de alivio de la mujer cuando finalmente consiguió abrir la cerradura.

3

—Pasa. Aquí es donde vivo, en el piso de arriba. Tú puedes quedarte en la trastienda si quieres —le dijo encendiendo la luz del establecimiento.

Alfredo se quedó sorprendido ante la cantidad de estantes que había en las paredes. Todos ellos estaban repletos de figuras de madera, cerámica y cristal hechas a mano que tenían una cosa en común: estaban polvorientas e incluso algunas telarañas las cubrían.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —preguntó extrañado.

—No, solo dos días. Perdona el desorden, todavía no he podido limpiar —le contestó un poco avergonzada.

Él sabía que la muchacha tenía problemas, por eso había accedido a acompañarla, y ahora también se mostró dispuesto a escucharla.

—Cuéntame, tengo curiosidad por saber cómo has llegado a vivir aquí. Los lugares antiguos me fascinan —le propuso, mirándola a los ojos.

Ella, por un momento, le devolvió la mirada y sintió una especie de vértigo. No se había dado cuenta hasta ese momento de que sus ojos eran de un azul intenso, tan limpio como el cielo de un amanecer.

—Espera. No podemos permanecer con la ropa mojada, te traigo algo para que te cambies mientras seco la tuya —le dijo Marisa al subir a la planta superior.

Mientras la esperaba curioseó en los estantes.

—Creo que esto es lo único que puede servirte —se disculpó ella, tendiéndole un chándal negro—. Sube a la primera planta para cambiarte hay un baño allí.

Alfredo cogió la ropa y rozó su mano al cogerla, ella sintió su tibieza en contraste con las suyas que estaban heladas. Un leve escalofrío le recorrió el cuerpo al notar el contacto y sin saber por qué, comenzó a sentir una alegría que hacía mucho que no experimentaba. Entró en la trastienda y se cambió también, no quería coger una pulmonía. Se preguntaba cómo había reunido el valor para tirarse del puente. Sus problemas se habrían acabado allí, si el hombre que ahora la acompañaba hubiera tenido alguna duda en lanzarse a las gélidas aguas para salvarla. Mientras se ponía un jersey holgado, se preguntó qué pensaría de ella, porque aún no le había preguntado al respecto y supo que debía ser honesta, ya que él había arriesgado su vida al rescatarla.

Al bajar Alfredo no pudo evitar una sonrisa porque el chándal le dejaba al descubierto las pantorrillas, los antebrazos y amenazaba con descubrir su vientre. Ante su reacción, el hombre se miró a sí mismo y sonrió también; al menos ahora sabía que aquella joven tenía una bonita sonrisa, sus ojos melancólicos no la eclipsaban en absoluto.

4

—Siéntate —le dijo Marisa señalándolo hacia una mesa cuadrada, una silla con la pintura descascarillada y una tosca banqueta de madera—. Voy a hacer un poco de café.

Él guardó silencio y la observó a través de la cortina de tiras que separaba la tienda de la pequeña cocina. Ella preparó algo rápido y apareció con una bandeja donde había dos tazas de café, pan, galletas y mantequilla.

—Lo siento, es toda la comida que tengo.

—Cuéntame, ¿cómo has llegado a vivir aquí? —preguntó él mientras mojaba una galleta en el café.

—Uf, es largo de contar —contestó Marisa mientras se sentaba —. Hace dos meses que me quedé sin trabajo, no he encontrado nada desde entonces, vivo aquí desde hace un par de días porque ya no tenía dinero para pagar mi alquiler. Esta tienda era de mi abuela. Mi padre la cerró tras la apertura del centro comercial. Nunca me he preocupado de ella porque pensé que no la necesitaría y ahora me doy cuenta de que si no llego a tenerla estaría en la calle.

Las lágrimas amenazaban con salir y se levantó para coger una servilleta de la cocina y sonarse.

—Necesito un milagro —le confesó a Alfredo sentándose de nuevo.

—Los milagros existen —contestó él a la vez que depositaba en su mano un pequeño ángel de cristal —Este es tu milagro y cuando se cumpla yo me iré. Si me lo permites me quedaré unos días para ayudarte a arreglar la tienda. Tenemos mucho trabajo por delante si quieres abrirla en Navidad, solo nos queda una semana.

Ella lo miró de nuevo a los ojos y sintió que se perdía en ellos. Al contrario que unas horas antes, notó paz en su interior y se preguntó por qué había saltado. Sus palabras le daban esperanza, algo que creía haber perdido.

—La esperanza es lo último que debemos perder, Marisa —afirmó él con complicidad, cogiendo una de sus manos.

5

Sin saber por qué, esa noche Marisa le contó a aquel desconocido gran parte de su vida. Sobre todo puso énfasis en los momentos en los que las cosas comenzaron a irle mal y al hacerlo sintió que las cargas que llevaba encima se hacían más ligeras, y comenzó a pensar que todo se iba a arreglar.

Él tenía razón, faltaba muy poco para la Navidad y contagiada por sus palabras, se autoconvenció de que quizás fuera buena idea abrir la tienda. Tenía tan buenos recuerdos de su infancia en aquel lugar que rememorarlos hizo que por unos instantes creyera que en aquellas fechas tan entrañables todo podía ser posible.

Aunque al mirarla con detenimiento y ver los estantes faltos de pintura, polvorientos e incluso rotos, su ánimo decayó de tal manera que se quedó ensimismada y volvió a pensar que la mala suerte ya llevaba instalada en su vida demasiado tiempo.

—Vamos a descansar, Marisa. El día ha sido muy largo. A partir de mañana todo será diferente —le dijo él, que parecía haber adivinado sus pensamientos.

No creía del todo las palabras de su invitado, pero escucharlas le insufló un poco de la paz que tanto anhelaba su corazón y al final decidió hacerle caso.

—Tienes razón, quédate en la trastienda, yo duermo arriba. Mi padre arregló un pequeño despacho con un sofá-cama, y estaré bien. Tú puedes dormir en el sofá, voy a por una sábana para cubrirlo.

Mientras rebuscaba en el fondo del viejo armario por si encontraba una manta, tuvo la certeza inexplicable de que su vida iba a cambiar a partir de aquella noche. Sonrió por primera vez en mucho tiempo ante semejante pensamiento y con el rostro iluminado le llevó la ropa de cama a su huésped.

6

Una vez instalado, Alfredo esperó que Marisa estuviera acostada y después de un tiempo prudencial revisó la tienda y decidió inspeccionar un cuarto que quedaba en la parte trasera. Al entrar le llamó la atención el gran número de cajas precintadas que alguien había amontonado en aquella zona del establecimiento.

Se acercó a la pila cada vez más intrigado por lo que podría encontrar y comprobó que una de ellas no estaba cerrada del todo. Sin hacer demasiado ruido la cogió e investigó su contenido. Al instante, una gran sonrisa apareció en su cara ante el hecho de que Marisa tenía un tesoro en su tienda y lo ignoraba por completo.

Con cuidado, vació una de aquellas cajas en el suelo y montones de piezas metálicas brillaron a la luz de la única bombilla de la estancia. Ante sus ojos aparecieron figuras navideñas de diversos tamaños a medio montar: coloridos elfos, algunos renos con sus narices rojas y brillantes, ángeles con sus alas y vestimentas celestiales, campanas, bolas y ramas de acebo.

De inmediato, se percató de que necesitaría tiempo para reconstruirlas, y sin más dilación comprendió que aquel momento era igual de bueno que cualquier otro para comenzar a trabajar. Miró a su alrededor en busca de un lugar cómodo para desempeñar su nueva tarea, al no encontrarlo se sentó en el suelo, y sonrió al ver que las mangas del chándal no le molestaban para desempeñar su faena.

7

Por la mañana, al aparecer Marisa, ya la esperaba con el café recién hecho, y pan caliente y cruasanes que compró en la panadería de la esquina. Iba vestido con su traje, el que llevaba la noche pasada cuando se tiró al lago a rescatarla, y ella se percató de algo en lo que el día anterior no reparó: lo atractivo que estaba.

—Buenos días, cuánto has madrugado —dijo, atraída por el olor del café e intentando desviar un poco la mirada hacia los cruasanes.

—No creas, hace unos minutos que me levanté —le respondió él con ironía—. He visitado el barrio y tienes unos vecinos muy amables que se han interesado mucho por la reapertura de tu tienda de regalos. Hasta te han ofrecido ayuda.

Marisa se quedó paralizada ante sus palabras, aquel hombre al que no conocía de nada estaba haciendo cosas increíbles por ella en tan solo unas horas. Y además no le importaba implicarse en cualquier tarea porque estaba delante de ella sirviéndole el desayuno con un paño a modo de delantal cubriéndole el traje. Nunca hubiera esperado conocer a alguien así, incluso se preguntó si soñaba. Era atractivo, bastante alto y de complexión fuerte; sobre todo la atraía su mirada. Sus ojos poseían tal magnetismo que, al mirarlos, se perdía en ellos de una manera en la que no creía haberlo hecho en toda su vida.

—Pero si no conozco a nadie. Hace muchos años que no vengo por aquí, creo que desde que era una niña.

—Pues ellos si te recuerdan. El señor de la panadería te ha regalado los cruasanes porque dice que cuando ibas a su establecimiento con tu abuela, te encantaban.

—Madre mía, cuantos recuerdos —susurró Marisa sin poder evitar emocionarse.

Él la abrazó, porque por un momento vio la niña que había sido, y ella llena de agradecimiento se refugió en aquel abrazo.

—Gracias —le dijo apenas sin voz, expresándole a aquel desconocido lo que comenzaba a sentir en su corazón.

8

De pronto, un ruido los sacó de aquel momento de intimidad. Alguien llamó a la puerta, era una señora con el pelo de color caoba que miraba a través de los polvorientos cristales.

—Buenos días —saludó Marisa al abrir la puerta.

—Buenos días, hija. No sé si te acuerdas de mí, soy Julia, la modista del barrio. Tu abuela me traía tus vestidos para que les arreglara los bajos.

Marisa al oírla recordó el timbre de voz de la señora y también recordó que hablaba casi a diario con su abuela porque eran amigas desde hacía muchísimos años.

—Sí, la recuerdo. ¿Cómo está?

—Bien hija, un poco más vieja —le respondió la mujer—. Solo he venido a ver como estabas, porque un joven muy simpático nos ha dicho que vas a volver al barrio. Avísame si necesitas ayuda. ¡Ah, por cierto! Me alegro de que tengas novio.

Marisa sintió como se sonrojaba ante el inesperado comentario de la señora y al volver a entrar a la tienda, vio la sonrisa socarrona de Alfredo.

—¡Ni una palabra! —dijo, arrepentida de no haber sacado a la mujer de su error.

Él decidió dejar el tema que tanto la incomodaba y le hizo una proposición en la que la visita que acababan de recibir tenía mucho que aportar.

—Esa señora podría coser unas bonitas cortinas navideñas para tu escaparate, habla con ella y encárgaselas.

—Si no tengo dinero, ¿cómo pretendes que le haga encargos a nadie? —le contestó Marisa.

—Ven conmigo —le indicó, cogiéndole un brazo y conduciéndola hacia la trastienda.

Una vez allí abrió las cajas y le mostró el contenido de una de ellas: pequeños renos de madera, estrellas de cinco puntas, Santa Claus articulados y gnomos diminutos, además de otras figuras representativas de la Navidad en miniatura. Ella no podía creer lo que veía. Eran los muñecos que hacía su abuelo. Aún lo recordaba sentado en la trastienda con su delantal de color blanco tallando figuras o recomponiendo trozos de otras para restaurarlas.

Emocionada por el hallazgo se volvió hacia Alfredo y le dijo sin poder evitar las lágrimas:

—¿Quién eres? ¿Por qué has venido a mi vida, por qué me has rescatado?

Él no articuló ni una palabra y por toda respuesta la abrazó. Con este gesto volvió a reconfortarla, y ella en aquel momento sintió que su fortaleza retornaba, que podría realizar cuanto se propusiera, y tuvo la necesidad de hacer algo que en otras circunstancias ni siquiera hubiera imaginado: buscó sus labios y los dos se besaron. Durante un buen rato quedaron fundidos en un abrazo y no necesitaron palabras que explicaran lo que acababa de sucederles.

Volvieron a llamar a la puerta y a pesar de que no quería desprenderse del abrazo, Marisa fue a abrir. Esta vez quien visitaba el establecimiento era el dueño de la droguería que, con amabilidad, les ofreció sus productos y su ayuda para lo que necesitaran.

Tras atender al vecino, Marisa volvió a la trastienda donde la esperaba Alfredo.

—No te lo vas a creer, ha venido otro vecino a ofrecerme su ayuda. Ya no me siento tan sola. Y todo gracias a ti —afirmó aproximándose otra vez.

—De donde yo vengo, la Navidad es época de milagros —respondió él cogiéndola por la cintura para bailar con ella.

A Marisa le brotó una risa sincera que a Alfredo le hablaba de una mujer llena de vida. En nada se parecía ya a la que la noche antes había rescatado.

9

Los días pasaron y la tienda ya no parecía un lugar deshabitado. El primer paso había sido limpiar y vaciar los estantes. Después vino la fase de pintura, donde techos y paredes se llevaron unas buenas capas; y por último quedaba esperar que las repisas estuvieran secas para poder colocarlas.

—¿Tú crees que tendremos bastantes artículos para poner en las estanterías?

—Claro que sí, no tengo ninguna duda —le respondió Alfredo, que llevaba desde la primera noche ensamblando piezas y conocía mejor que nadie el inventario de la tienda.

—Voy a ver si la señora Julia ha terminado las cortinas. Me gustaría mantener en secreto nuestros juguetes hasta que llegue el momento de la apertura.

10

La tienda de la modista se encontraba en la acera de enfrente, casi al final de la calle. Al llegar Marisa, la mujer se puso muy contenta. Se hallaba ultimando una labor en su máquina de coser y no dudó en levantarse y ofrecerle un cariñoso abrazo a la joven.

—Pasa, hija, ya tengo casi listas tus cortinas. De hecho, te puedes llevar un par de ellas.

—¡Qué bien! —dijo Marisa, que no creía que estuvieran casi terminadas.

—¿Sabes, niña? Los vecinos están revolucionados con la apertura de tu negocio. No hay ninguna tienda de regalos por aquí y se ha corrido la voz entre los más pequeños de que tus juguetes los ha hecho el mismísimo Santa Claus.

Marisa se quedó sorprendida ante las palabras de la mujer. Por un momento le pareció escuchar a su abuela, y sonrió porque ese tipo de historias le encantaban de pequeña. Sin poder evitarlo, esbozó una cálida sonrisa al comprobar que en el barrio la vida no había cambiado demasiado.

—Ven conmigo a la trastienda, te invito a una mezcla de té con especias que me ha regalado una amiga. Según me ha asegurado, esa receta que usa es la de la felicidad —bromeó la anciana.

Al entrar en la pequeña habitación, Marisa estuvo a punto de tropezarse con una caja de la que sobresalían varias tiras de espumillón de distintos colores.

—Ten cuidado, hija. Quiero decorar la tienda, es lo que más me gusta de la Navidad: la decoración y los regalos —dijo la anciana con los ojos brillantes de felicidad.

Marisa se fijó en la figura de un pequeño ángel de cristal que colgaba de una pared. La anciana se percató de que la miraba y le dijo llena de júbilo:

—No lo creerás, pero desde que tengo este ángel me va mucho mejor el negocio y estoy más contenta. Me lo regaló Alfredo hace un par de días. Dijo que era mi milagro, y yo lo creí.

11

Marisa comenzó a pensar que, de alguna manera, todo lo que acontecía en su vida tenía que ver con la aparición de Alfredo, e intuyó que su huésped no le había contado demasiadas cosas sobre su vida; lo que tampoco sabía era cuáles podían ser sus motivos. Una cosa sí tenía clara: le gustaba más de lo que le había gustado ningún hombre desde que tenía uso de razón y quería conocerlo. Quizás solo era cuestión de darle tiempo para que le contara más cosas sobre él.

Al volver a la tienda se decepcionó un poco porque él no estaba. Pensó, que quizás estaría en la trastienda y entró en ella con la intención conversar un rato. Él siempre estaba dispuesto a escucharla, pero se sintió un poco contrariada al comprobar que tampoco se hallaba allí, así que se puso a curiosear, y se percató de la cantidad de cajas de juguetes que había. Levantó las solapas de una y comprobó que todos estaban completos, hizo lo mismo con las demás y el resultado fue idéntico. Casi no podía creer que hubiese realizado tanto trabajo en tan poco tiempo. También se dio cuenta de una cosa en la que antes no había reparado, no recordaba que hubiese tantas cajas, a pesar de que se encontraban apiladas de manera que ocupasen el menor sitio posible le pareció que su número se había incrementado en los últimos días. Resopló para despejarse y decidió seguir con la limpieza de los cristales, quería que estuviesen brillantes al colocar las cortinas que Julia le confeccionaba. Eran rojas, con ribetes dorados y estampadas con verdes hojas de acebo, lo que le daría al escaparate un aire muy navideño.

Más tarde, al llegar Alfredo con una lata de pintura blanca en las manos para rematar las estanterías la sorprendió tarareando un villancico.

—Quiero invitarte a comer. He hablado con Marco, el dueño de la pizzería, y piensa que le vendrían muy bien tus muñecos como decoración navideña —le dijo mientras preparaba las brochas.

Marisa no podía dejar de pensar en lo increíble que era aquel hombre y las circunstancias en las que se habían conocido. No podía decirse que se tratara de una coincidencia, aunque si no la hubiese visto en el puente hubiera continuado su viaje a bordo del taxi y jamás se hubieran encontrado sus caminos.

—¿No te parece buena idea? —le preguntó él —. Aún no me has contestado.

—Sí, sí que me parece buena idea. Pensaba en lo poco que hace que nos conocemos y cuanto ha cambiado mi vida desde entonces.

Él se acercó con una brocha que acababa de mojar en la pintura y le dio una pequeña pincelada en la punta de la nariz, que terminó de sacarla de sus pensamientos.

—Anda, no pienses tanto y arréglate un poco para ir a comer, que estás llena de pintura.

—Serás... —le dijo ella, tocándose la nariz y pintándole la frente a él.

Los dos terminaron con la cara llena de pequeñas pinceladas de pintura y persiguiéndose a carcajadas por la tienda.

12

Una hora después, caminaron juntos hacia la pizzería. Los recibió una suave música que invitaba a tener una charla distendida durante el almuerzo. Marisa nunca había visitado el local. Lo primero que notó fue el agradable olor a orégano y queso que flotaba en el ambiente. Marco, al verlos, se limpió las manos en un delantal negro tintado con restos de tomates y de la harina que usaba para sus pizzas.

—Bienvenidos, he reservado para vosotros mi mejor mesa. Si estáis de acuerdo, podéis probar el menú de degustación.

Marisa y Alfredo se miraron cómplices, y dejaron al anfitrión con sus quehaceres. Se sentaron uno frente al otro en una mesa que daba a un patio interior y admiraron las frondosas flores de pascua plantadas en varias macetas.

Marco tenía casi decorado su establecimiento, tan solo le faltaban un par de estantes cercanos a la vitrina de los postres. En los que Marisa descubrió un pequeño ángel de cristal que a esas alturas ya le resultaba conocido. Al ver que la mujer observaba la decoración, encontró que el momento era el adecuado para hacerle una petición muy beneficiosa para ambos.

—Desde que me he enterado de que vas a reabrir la tienda de regalos me siento feliz. Me encantaría llenar esas repisas del fondo con delicadas figuras de madera y cristal que realcen la presentación de mis postres y den un toque más navideño a mi negocio.

—Estaré encantada de poder ayudarte —le dijo Marisa gratamente sorprendida por lo que acababa de oír.

—Luego hablaremos, disfrutad de la comida —les propuso el dueño muy satisfecho por la respuesta de ella y retirándose a la cocina para seguir con su trabajo.

—No sé por qué, este año tengo la sensación de que todo el mundo vuelve a creer en la Navidad. No me sentía así desde que era una niña —le confesó emocionada a su acompañante.

De pronto, un camarero se acercó con una botella de vino rosado diciéndoles que era cortesía de la casa y al mirar a la cocina vieron como Marco los saludaba de forma efusiva.

Alfredo no tardó en abrir la botella haciendo que el tapón alcanzara el techo y sirvió dos copas proponiéndole que brindaran.

—Por la Navidad y los buenos momentos.

Marisa volvió a perderse en sus ojos y deseó en silencio que el mundo se parara en esos instantes. Si la felicidad realmente existía, para ella era solo cuestión de momentos, y ese era uno que atesorar. Por primera vez en muchos años creyó en la magia de la Navidad y disfrutó de aquella velada sin pensar en qué pasaría después, ni al día siguiente. Porque intuyó que en su vida acontecían cosas inexplicables y que era mejor dejarse llevar.

13

Ya era el día de Nochebuena. Los dos habían pasado la noche juntos y al despertar, Marisa miró al hombre que tan solo unos días atrás era un desconocido para ella y pensó que ahora era parte de su mundo. No quiso molestarlo y se levantó para darse una ducha; y tras ella, se fue a la cocina a preparar el desayuno. Él pareció despertarse al oír el sonido burbujeante del café en la cafetera y se levantó.

—Buenos días —le dijo acercándose mimosa.

—Buenos días —respondió él—. Estoy hambriento, esas tostadas huelen que alimentan.

—Sí, he preparado un buen desayuno porque hoy nos espera muchísimo trabajo. Tenemos que ultimar los detalles para la gran apertura de mañana.

—No te preocupes, todo estará terminado a tiempo.

A pesar de que se encontraba nerviosa Marisa, se impregnó de la seguridad de esas palabras y miró su negocio con otros ojos. Ahora no veía un local destartalado y lleno de telarañas, veía una tienda de artesanías acogedora y limpia en la que podría mostrar los preciosos juguetes que durante años se quedaron olvidados en polvorientas cajas. Y todo gracias a la ayuda de Alfredo.

—Nada de esto habría sido posible si no me hubieras ayudado —le dijo abrazándolo.

—Recuerda que te dije que este sería tu milagro. Todo esto ha sido posible porque tú has creído en ti misma. Tenlo presente en el futuro.

Tras un día de mucho ajetreo, la tienda quedó terminada de madrugada. Tan solo les quedaban unas horas para descansar antes de abrir, y los dos durmieron abrazados y contentos por el resultado de su trabajo.

14

Por la mañana los despertó un murmullo. El primero en levantarse fue Alfredo, que se asomó a una de las ventanas y no podía creer lo que veía.

—Corre, Marisa. Y asómate también.

En la puerta había una cola enorme que llegaba casi al final de la calle. Tal y como les dijeron los vecinos se había corrido la voz de que sus juguetes eran artesanales y los chiquillos iban acompañados de sus padres porque pretendían ver a Santa Claus que supuestamente era el hábil artesano.

—¡Madre mía! ¡Cuánta gente! Y nosotros en pijama aún. ¡Rápido, ponte una camisa que voy a peinarme!

Marisa apareció en la tienda y Alfredo ya atendía a una joven que quería un par de gnomos para regalárselos a sus sobrinos. Los chiquillos miraban embobados las figuras, y percibió en los ojos de los mayores el brillo de la nostalgia. La cola era interminable: cuando parecía acabarse, llegaba más gente de todas partes de la comarca porque había oído hablar a alguien conocido de la maravillosa tienda de juguetes artesanos.

15

Al llegar la hora de cierre, Marisa se encontraba agotada y llena de felicidad a la vez, porque nunca hubiera pensado que el negocio de sus abuelos resurgiría con tanta fuerza. Mientras hacía el recuento de caja, miró hacia arriba, sintiéndose agradecida por el trabajo de su abuelo; si no hubiera dejado tantos juguetes en las cajas, nada de aquello hubiera sido posible. El sonido de la puerta al cerrarse con llave la sacó de sus pensamientos y vio que Alfredo se dirigía a su encuentro.

—Estoy cansadísima, necesito un baño. ¿Hemos acabado con todas las existencias?

—Míralo tú misma —le respondió él invitándola a pasar a la trastienda.

Y Marisa no podía creer lo que veía porque encontró más cajas que antes con los mismos juguetes y llenas a rebozar.

—Por favor, dime qué sucede.

—Tú pediste un milagro, y este es tu milagro navideño. Cada año te sucederá lo mismo. Ya no tendrás que preocuparte porque no tienes trabajo, tu jefe te va a echar, o no tienes dinero para pagar un alquiler. Ahora eres tu propia jefa y tu negocio siempre funcionará por la simple razón de que todas las personas que entren en tu tienda volverán a creer en la Navidad y recuperarán la ilusión. —Y añadió con un timbre de voz más suave—: Mi trabajo aquí ha terminado...

Marisa se quedó aturdida por un momento, y lo miró al comprender que cuanto le había dicho durante los días en que arreglaron la tienda era cierto. Su milagro se había cumplido y él debía irse. No quiso pensar en quién era, ni de dónde venía, y solo se le ocurrió preguntarle una cosa.

—Podrías quedarte esta noche conmigo. No quiero recordar que fui a buscarte y habías desaparecido. Quédate y cuéntame hasta donde puedas.

—Hay poco que contar, Marisa. No me está permitido dar detalles. Estos días a tu lado han sido inolvidables. No sé si podré volver ni si volveré a verte, pero quiero que sepas que eres una mujer muy especial.

Marisa se quedó sin argumentos ante las palabras que acababa de oír y solo fue capaz de decir que iba a darse una ducha para mitigar el cansancio. Al bajar, Alfredo ya había preparado un par de sándwich y unas bebidas.

—Es fácil acostumbrarse a esto —le dijo ella sin poder evitar emocionarse.

Él se levantó de su asiento y la abrazó. Durante ese contacto, le regaló imágenes de los momentos que habían pasado juntos. Por un momento, Marisa visualizó risas, bailes, abrazos, caricias... Instantes que hablaban de felicidad.

—Este es mi regalo para ti, lo que me llevo. Estos momentos nadie puede arrebatárnoslos por muy lejos que estemos el uno del otro —le susurró, abrazándola con tanta fuerza como si no quisiera que ese contacto se acabara nunca.

Ella se sintió segura y por primera vez en mucho tiempo apreció que la vida le sonreía y que iba a seguir haciéndolo.

16

Esa madrugada, Marisa se despertó sobresaltada y cuando se levantó Alfredo ya no estaba. Sabía que aquello iba a suceder, pero no pudo reprimir un suspiro en el que se reflejaba la aceptación ante un hecho innegable.
Recorrió la tienda entera hasta que se convenció de que realmente él se había ido. Al volver a su habitación para ponerse algo de abrigo se fijó en algo que antes había pasado por alto, en su lado de la cama él le había dejado un pequeño ángel de cristal, engarzado en una cadena de plata y una nota con unos trazos redondeados que decía:



Al descorrer las cortinas, la mujer vio que caían unos finos copos de nieve y que en el cielo había un resplandor brillante que desapareció a la velocidad de la luz. Volvió a acostarse con la nota y el colgante apretados contra su pecho, y se sintió dichosa y llena de vida.

Gracias por leer este relato

Si te ha gustado, me ayudarás a difundirlo dejando una valoración en Amazon.

SIGUE LEYENDO

Si te apetece, puedes seguir leyendo los otros títulos que encontrarás en mi perfil de Amazon

*Enamorarse no está de moda: Recopilación de relatos románticos

*El destino de Verónica

